

EL LENGUAJE DEL LUGAR REMOTO EN LA OBRA DEL PADRE
ALBERTO MARIA DE AGOSTINI (1883-1960)

*THE LANGUAGE FROM A REMOTE PLACE IN THE WORK OF
FATHER ALBERTO MARIA DE AGOSTINI (1883-1960)*

Nicola Bottiglieri
Università di Cassino e del Lazio Meridionale
n.bottiglieri@unicas.it

RESUMEN

Al describir y fotografiar la Patagonia meridional y la Tierra del Fuego, Alberto de Agostini dilata la categoría de lo sublime natural característico de la literatura romántica europea del siglo XIX. La naturaleza antártica tiene la misma belleza del mundo visto al día siguiente de la Creación, nunca pisado por hombres. Por lo tanto, en lo “sublime natural americano” se halla una hermosura inédita e impresionante desconocida en Europa. Este ensayo analiza las modalidades narrativas a través de las cuales se describe esta naturaleza primigenia.

PALABRAS CLAVE: De Agostini, Patagonia, Cabo de Hornos, sublime natural, naturaleza horrorosa, fotografía de montaña.

ABSTRACT

While describing Southern Patagonia and Tierra del Fuego and taking photos of its landscapes, Alberto De Agostini enhances the category of the natural sublime dear to the European Romantic literature of the XIX century. The Antarctic nature is as fascinating as the world seen just after the Creation, still untrodden by human feet. Therefore, in the “American natural sublime” there is a primigenial and perturbing beauty still unknown in Europe. The essay analyzes the narrative modes used by the author in order to describe this peculiar nature.

KEY WORDS: *De Agostini, Patagonia, Cape Horn, natural sublime, horrid nature, mountain photography.*

Recibido: 14 de marzo de 2018.

Aceptado: 25 de abril de 2019.

Entre los numerosos libros que escribió el padre (libros fotográficos, guías turísticas, folletos, libros de viaje, etc.) y dejando de lado los documentales cinematográficos, nos llaman la atención dos volúmenes que ya son clásicos de la literatura de viaje, es decir: *Mis viajes a la Tierra del Fuego* (1921) y *Andes patagónicos* (1942)¹ libros leídos por los naturalistas y también por lectores interesados en imágenes fotográficas del fin del mundo. Tanto sus fotos revelan al público europeo una geografía y una fauna desconocida, como su escritura da nueva vida a imágenes literarias gastadas, adaptando y reciclando viejos adjetivos y dándoles matices inesperados con el fin de transformar la categoría de lo *sublime natural* en algo nuevo y sorprendente, así como lo son los glaciares, los pingüinos, los guanacos y el perfil de las montañas como el Paine, el Cerro Torre, el Sarmiento, un mundo desconocido en Europa, que está acostumbrada a la naturaleza de los Alpes.

A diferencia de los hombres europeos, que a través del arte intentan “domesticar” los Alpes, De Agostini explica que la naturaleza antártica no puede transformarse en un telón de fondo de la “civilización europea”, no solo por la lejanía geográfica, sino porque la fuerza imponente y la belleza arcaica, la “sublimidad” antártica, no permiten esta reducción. Al mismo tiempo él es el primer artista que a través de la fotografía y la literatura de viaje empieza a construir un lenguaje apto para enfrentarse con este mundo desconocido, donde las únicas formas de vida fueron las de los indígenas nómadas hijos de esta naturaleza o más bien sus intérpretes o dueños, aunque ya es una raza casi extinta:

En los senos más ocultos de la Cordillera y en medio del intricado laberinto de canales, se presentan los más sorprendentes contrastes y las más extraordinarias manifestaciones de lo hermoso. Y en medio de esta magnificencia e imponentia del paisaje, de una belleza hórrida y sublime, vive un miserable pueblo de indios de una raza ya casi extinta, denominado Yaganes².

¹ *I miei viaggi nella Terra del Fuoco* fue editado en Turín en 1924 por la Cartografía Fratelli De Agostini y en español en 1929 por la Editorial prof. G. De Agostini en Milán con el título *Mis viajes a la Tierra del Fuego*. En 1955 fue reeditado con el título *Trent'anni nella Terra del Fuoco* por la Società Editrice Internazionale di Torino incorporando unos nuevos capítulos. Este último fue traducido al español en 2005 por El Elefante Blanco, Buenos Aires, con el título *Treinta años en Tierra del Fuego*. Nuestras citas se refieren a esta última edición.

Andes patagónicos fue editado en Buenos Aires en 1941 por la editorial SEI y en Milán, Italia en 1949 por la Società Cartografica G. De Agostini Anonima Editrice con el título *Ande Patagoniche*. Tuve una reedición en español en 2010 en Punta Arenas, por la Editorial Don Bosco. Las citas se refieren a esta última edición.

² *I miei viaggi nella Terra del Fuoco*: 17. Estas líneas no aparecen en *Treinta años en Tierra del Fuego*. La traducción es mía.

LO SUBLIME NATURAL

Para entender mejor que es lo *sublime natural* nos ayudaremos con la definición que nos proporciona Remo Bodei en su importante ensayo titulado *Paesaggi sublimi*, cuya presencia es evidente en nuestro trabajo:

Hay lugares que la mayoría de los hombres evitó durante milenios y en cuya contemplación sintieron miedo y sobrecogimiento: montañas, océanos, florestas, volcanes y desiertos; lugares inhóspitos y hostiles que evocan la muerte, humillan con su vastedad, amenazan con su potencia, recuerdan a todos su pasajera y precaria existencia en el mundo. Sin embargo, a principios del siglo XVIII estos *loci orridi* empiezan a ser frecuentados de manera intencional y a percibirse como *sublimes*, dotados de una belleza más intensa y cautivante. (...) De esta comparación procede un inesperado placer mezclado de terror, que por un lado potencia la idea de la superioridad del hombre y, por otro, contribuye a que descubra la voluptuosidad de perderse en el todo.³

Los lugares hórridos pasan a ser considerados sublimes, es decir dotados de una intensa, inexplicable y cautivadora belleza. Nos encontramos así frente al sublime romántico del siglo XIX, que manifiesta una verdadera “atracción fatal” por todo lo que causa miedo y asombro. De tal enfrentamiento surge un inesperado placer, mezclado de terror, que por una parte refuerza la idea de la superioridad intelectual y moral del ser humano (europeo) en el universo y por otra le ayuda a descubrir el placer de perderse en el todo. Dicho cambio de gusto no tiene solamente una importancia a nivel estético, sino que implica tener constancia de su propia identidad, a través de un desafío con la misteriosa grandeza de la naturaleza salvaje.

En este trabajo no podemos examinar la vitalidad de este concepto en la historia de la literatura que ya aparece en la antigüedad donde, según el tratado de Cassio Longino, lo *sublime* se relaciona con la retórica y la literatura, con la perfección formal de una obra y el pathos emotivo que se establece entre el lector y el texto literario. Es en el siglo XIX que lo sublime llega a ser un canon fundamental de la estética, borrando el canon neoclásico del siglo anterior. Lo sublime romántico no es belleza pura, es más bien una belleza oscura que sobrepasa sus mismos horizontes: si la belleza neoclásica es pathos y orden, lo sublime romántico será desorden; si la belleza “graciosa” guardaba la forma, lo sublime la pierde, si el riguroso orden formal del estilo neoclásico es armonía, lo sublime romántico puede ser desordenado, en fin si lo bello convence, lo sublime sorprende y a veces lo hace de manera tan brutal que puede dar un shock

³ R. Bodei, *Paesaggi sublimi. Gli uomini davanti alla natura selvaggia*, Milano 2008: 8. La traducción es mía.

en el lector o en el espectador. En el romanticismo el arte *no imita* la naturaleza: al revés, es la naturaleza la que da forma e ideas al arte romántico.

¿Dónde el hombre europeo del siglo XIX puede encontrar esta belleza perturbadora y a veces caótica? No tanto en las obras de arte hechas por los hombres, ni en los acontecimientos humanos, (aunque cuando “el pueblo” deja su fuerte huella en la historia podemos hablar de *sublime de la historia*) esta belleza desordenada puede encontrarse en la naturaleza salvaje, en el paisaje primitivo. La naturaleza virgen y salvaje será entonces el nuevo libro donde los artistas, huyendo de las ciudades, van a escribir sus deseos políticos, sus anhelantes sentimientos, sus inquietudes artísticas. Y en Europa la gran naturaleza salvaje y desconocida coincidía con los bosques de Alemania, con el océano que rodea las grandes islas del norte, con la cadena de los Alpes, quizás el lugar más desconocido del viejo mundo. Y entre los Alpes los lugares más misteriosos e inaccesible eran el Monte Bianco y el monte Cervino, que se encuentran cerca de la ciudad de Biella.

No sorprende entonces que al leer *Mis viajes a la Tierra del Fuego y Andes patagónicos*, emerja una contraposición entre los Alpes y las montañas de la Patagonia meridional:

Es una verdad indiscutible que Tierra del Fuego posee tan grandiosos e imponentes paisajes y panoramas, que no tiene nada que envidiarle a Suiza ni a los Alpes; sus numerosos fiordos igualan, si no superan, a los tan decantados de Noruega y, cuando la rigidez de su clima lo permite, puede figurar entre las más pintorescas regiones de la Tierra.⁴

De los escritos del Padre se desprende que es consciente de esta tradición literaria romántica y se da cuenta que esta tradición es inadecuada para describir una naturaleza absolutamente inédita, sin mapas y literatura. La categoría de lo bello horroroso que se había forjado a partir de la naturaleza europea, en el sur del mundo resulta ser poca cosa, porque la naturaleza antártica es caótica, salvaje, virgen y sin historia, como si fuera la naturaleza vista al día siguiente de la creación.

Así el 4 de enero de 1931 describe el glaciar del seno Spegazzini:

Un panorama soberbio e indescriptible, tanto por la profunda extensión del horizonte como por la sublime grandeza de aquellos centenares de cumbres y glaciares que fulguran bajo los tersos rayos del sol, se presenta ante nuestras miradas –son las primeras miradas humanas que contemplan esas misteriosas

⁴ *Treinta años*, op.cit.: 22.

soledades de hielo—, mientras nos estremecemos de alegría y quedamos atónitos por el recogimiento⁵.

Esta belleza impetuosa y primitiva, llena de silencio y olvido, de lejanía y misterio, se presenta, pues, como una gran ocasión para ver en ella un aspecto desconocido de la mano de Dios.

En su variedad morfológica y en sus contrastes orohidrográficos parecería que la mano del Creador hubiera esparcido con especial profusión sus tesoros de radiante belleza, reuniendo en poco espacio lo más característico y maravilloso que se encuentra esparcido por las varias y lejanas regiones del mundo, presentándolo en una armónica composición de partes y en admirables fusiones de líneas, de luces y colores⁶.

Tierra del Fuego ofrece con generosidad sus características más caprichosas. Si se imagina una escala de intensidad relativa a lo sublime, nos damos cuenta de que, en la descripción de la naturaleza americana, el nivel de sobrecogimiento mezclado de placer, lo *bello horroroso*, es decir la “sublimidad”, es mucho más intenso que lo de la naturaleza europea. Curiosamente el anhelo romántico europeo de encontrar una naturaleza de veras salvaje y primitiva donde el hombre pueda meditar sobre los misterios del alma, una naturaleza virgen y desconocida parece encontrarse en los rincones más olvidados de América, en Tierra del Fuego, así que De Agostini puede ser visto como el último escritor romántico, el último explorador de la vieja Europa.

En los senos más ocultos de la Cordillera y en medio del intricado laberinto de canales, se presentan los contrastes más sorprendentes y las manifestaciones más extraordinarias de lo hermoso. Bosques todavía vírgenes, de hayas, cipreses y magnolias de un verde intenso y perenne, sirven de estupendo marco a los enormes glaciares que bajan de las cumbres formando ciclópeas paredes blanquiazules hasta llegar a lamer la playa para abismarse en el mar. Una vegetación que evoca la de las regiones tropicales, encerrada por los brazos del mar que arrastran en pleno verano témpanos de hielo, que está embellecida con los alborzados chirridos de bandadas de cotorras, el papagayo ecuatorial, y los melancólicos y monótonos gemidos de los pingüinos antárticos. Más al occidente se esparcen junto a las plantas de la cordillera como centinelas avanzados, una infinidad de islotes, de erguidos arrecifes espectrales y fantásticos, en lucha constante con las enfurecidas olas del océano, que se estrellan contra

⁵ *Andes patagónicos*: 191.

⁶ *Treinta años*: 20.

ellos levantando gigantescas columnas de blanca espuma, mientras que en sus bases, corroídas por la fuerza demoledora del mar, profundas cavernas y antros solitarios dan abrigo a miles de cormoranes, nutrias, focas y leones marinos, cuyos rugidos apagan hasta el estrépito de las olas que se estrellan sobre las rocas.⁷

Lo sublime americano aparece más perturbador que lo europeo, porque esta naturaleza de veras no está contaminada por los hombres.

EL EMPERADOR DE TIERRA DEL FUEGO

Si los Alpes se conocen desde hace miles de años y su presencia se encuentra en la historia y literatura del mundo antiguo⁸ y del moderno, al revés los Andes, y sobre todo las montañas de Tierra del Fuego, aparecen al mundo solamente a inicio del siglo XIX sobre todo con los escritos de Charles Darwin⁹. Por eso son montañas sin historia, sin literatura, ocultadas por la lejanía y lo salvaje del entorno. La montaña más famosa de la región magallánica es el Monte Sarmiento, que el sacerdote intentó escalar dos veces en diciembre de 1912 y en enero de 1914, sin lograr alcanzar jamás su doble corona de hielo¹⁰. No llegó nunca a tocar esta cumbre tan anhelada a raíz de las adversas condiciones climáticas no pronosticables. Curiosamente esta empresa la realizó muchos años después, el 25 de marzo de 1956, cuando ya tenía 73 años, no como montañista sino como coordinador de la expedición de los italianos Clemente Maffei y Carlo Mauri.

El Monte Sarmiento está ubicado en una isla del canal Magdalena, 80 millas al sur de Punta Arenas, surge directamente del mar y visto desde lejos parece un monolito solitario que indica el fin del mundo, o mejor dicho, el hito que separa la ciudad del mundo salvaje de los indígenas, una frontera natural azotada por el viento, la nieve y el granizo. Su primer intento empieza en diciembre de 1912, acompañado por guías que procedían de Valtouranche en Valle de Aosta, Italia. Al leer las páginas de esta aventura es evidente la mezcla de alegría y temor que sacude al sacerdote, porque está consciente de estar violando un lugar desconocido, o mejor dicho, está dando memoria

⁷ *Treinta años*, op.cit.: 21-22.

⁸ No cabe recordar el ejército de Anibal con sus 36 elefantes cruzando esta cadena montuosa en el 218 a. C. como cuentan los historiadores antiguos Tito Livio y Polibio.

⁹ Charles R. Darwin, *The Voyage of the Beagle*, 1839.

¹⁰ El Sarmiento debe su nombre al almirante inglés Philip Parker King quien, en 1828, rindió homenaje al desafortunado marino que en 1584 fundó Puerto del hambre. Su altitud es de 2.404 metros sobre el nivel del mar, irguiéndose entre los intrincados canales y numerosos glaciares de este rincón olvidado del mundo.

a un territorio olvidado por los hombres, y al descubrir una nueva geografía en su alma brotan nuevas emociones. Estas son las palabras escritas el 23 de enero de 1913:

Hemos entrado en las desiertas regiones de la alta cordillera, aquella lejanía y aquel aislamiento solemne en la virginidad de la naturaleza, lejos del humano consorcio, impresiona profundamente nuestro espíritu que por primera vez experimenta impresiones tan extrañas.¹¹

El 22 de enero de 1914, en la segunda expedición, se repiten las mismas sensaciones de sorpresa y desconocida alegría:

Aquel encanto de la naturaleza, repercute en nuestro ánimo y nos llena de un contento y alegría que hasta entonces no habíamos experimentado.¹²

Se tardan muchas horas en el viaje del cúter Júpiter en el canal Magdalena rumbo al Sarmiento. Alrededor de la medianoche, la luz de la luna permite ver un paisaje caótico. La naturaleza brinda su potencia incontenible, esculpida en formas que ni siquiera la fantasía del hombre puede imaginar.

A sacarnos del momento embarazoso llegó la luna, que rasgando el denso velo de las nubes iluminó aquel caos de horribles precipicios y de inaccesibles picachos sobrepuestos los unos a los otros en las posiciones más atrevidas, que desde hace siglos permanecían firmemente enhiestos como consecuencia de un formidable cataclismo que trastornó toda la región. Me parecía como si de repente hubiera entrado en otro mundo terriblemente fantástico, y creía soñar. Las puntiagudas cumbres y las enormes paredes de hielo que caían a pique sobre nuestras cabezas habían tomado un aspecto vago, inmaterial, de pálidos espectros rígidos y fríos, clavados ahí como por el opresor imperio de un mágico encanto, cuyo poder penetraba irresistiblemente en mi espíritu bajo una sensación de temor y espanto, de la que en vano luchaba por librarme.¹³

En el imaginario colectivo del mundo occidental las montañas, con todo su imponente y luminoso resplandor, siempre han representado el punto más cercano al cielo, y por ende, al paraíso. No es una casualidad que hayan sido asociadas a la imagen de *Scala Coeli* y al mismo tiempo representadas en el Evangelio como lugar de transfiguración, como es el caso del Monte Tabor, lugar donde el profeta Elías sube al cielo. En un sentido más amplio, las montañas son el punto de contacto entre cielo

¹¹ *Treinta años*: 47.

¹² *Treinta años*: 85.

¹³ *Treinta años*: 48.

y tierra, sitio ideal donde se puede mirar lo más lejos posible, a través de los ojos o a través de la mente, es decir de manera profética o solo natural, tanto en el espacio como en el tiempo.

Por eso escalar una montaña significa muchas cosas: primero despojarse de “una sensación de temor y espanto” y después saber que se puede violar un espacio real y metafórico incontaminado. Así pues realizar una escalada o, como escribe nuestro autor, “una ascensión”, significa llevar a cabo una prueba material que requiere un entrenamiento físico y al mismo tiempo un camino ascensional interior. Y, siendo el Sarmiento una montaña inaccesible, el descubrimiento de lo desconocido, tanto geográfico como emocional, será más deslumbrante que nunca, puede llegar hasta al “trono de gloria”. Así describe su estado de ánimo en la segunda expedición al Monte Sarmiento el 22 de enero de 1914:

Suspendido aquí en el espacio entre el immaculado candor de las nubes y de las nieves y el purísimo azul del cielo, que se deslumbra por el brillo de los rayos del sol, me parecía haber llegado a las impalpables regiones del éter, donde terminan todas las cosas terrenas y se desvanece toda la aspiración humana. [...] Permanecimos media hora en aquel trono de gloria, y emprendimos después la vuelta desandando el mismo camino de la mañana.¹⁴

De Agostini, ante esta centinela de la soledad –que posteriormente denominará “esfinge de hielo”¹⁵–, se expresa siempre con palabras de magno asombro, no tanto por la altura sino por la lejanía, la desolación, los colores de la naturaleza, su clima terrible. No sorprende entonces que encontremos en sus páginas toda una cadena de imágenes ligadas al lugar remoto, a la naturaleza siempre cubierta por el silencio y la lejanía. Describimos ahora algunas de las imágenes sobre el Sarmiento que aparecen en *Treinta años en Tierra del Fuego*: “En lo alto domina majestuosamente el fondo blanco, el viejo fantasma del Sarmiento”; “rincones solitarios del monte, semejantes a profundas ojeras en un rostro escuálido y digno”; “pico colosal, aislado, parecido a un enorme obelisco”; “la gigantesca cumbre del Sarmiento, terriblemente pálida y misteriosa como un espectro” etc.¹⁶

¹⁴ *Treinta años en Tierra del Fuego*, op.cit.: 90.

¹⁵ Así se titula el libro que cuenta la escalada que se llevó a cabo en 1956. A. De Agostini, *Esfinges de hielo*, Torino, ILTE 1957. Este título recuerda la novela de Julius Verne *La sfinge dei ghiacci*, editado en italiano en 1897, novela que intenta continuar el cuento largo escrito por Edgar Allan Poe, *The narrative of Arthur Gordon Pym of Nantucket*, 1838. Esta continuidad de imágenes y de temas merece una atención que no podemos dar en este trabajo.

¹⁶ *Treinta años en Tierra del Fuego*: 79;92-95;69.

Relacionado a este tipo de naturaleza desconocida, el lenguaje minuciosamente metafórico comunica asombro por las sorpresas que reservan en el momento en que los describe:

A la blanda caricia del sol, los nevados e inmaculados picos tienen una expresión de docilidad y candor encantadora, un aspecto de humildes y serenas vírgenes, que ignoran toda pasión, porque el fatal destino les ha condenado a vivir lejos, muy lejos, en las soledades antárticas, perennemente azotadas por los vientos y las tempestades.¹⁷

Para apreciar esta naturaleza desconocida en Europa, De Agostini propondrá una continuidad ideal con las montañas del viejo mundo, subrayando siempre la espectacularidad y lo llamativo que son las rocas americanas. Por lo tanto, el sacerdote representará las montañas como imponentes construcciones arquitectónicas, blancos fantasmas, pálidos espectros, etc., acentuando aún más el aspecto fascinante de aquel mundo extremo y por eso sublime:

Los que no están muy familiarizados con la montaña podrán pensar tal vez que las altas cumbres de Tierra del Fuego, que apenas tienen dos mil metros de altura, no ofrecen la imponente y majestad seductora de los colosos de los Alpes. Nada más lejos de la realidad. Si consideramos, en efecto, que las más elevadas montañas de los Alpes no se levantan de un solo golpe a nuestra vista, sino que tienen como pedestal altos valles y mesetas que insensiblemente van descendiendo hasta el llano, comprenderemos qué excepcional magnificencia ofrecen los montes de Tierra del Fuego, los cuales surgen sorpresivamente de las aguas del mar y se elevan de un solo golpe ante los ojos del viajero en toda su imponente altura. [...] Los montes de Tierra del Fuego poseen todas las cualidades de belleza y atractivo de las más excelsas cumbres, realizadas por el marco de la salvaje virginidad de sus florestas y con la fascinación de su cielo encantador. El más notable de estos montes por elevación y majestuosidad, es el monte Sarmiento, el soberano de aquellas frías regiones. Su ubicación, inmediata a la costa del canal Magdalena, en la que domina por encima de las otras cadenas de montes que bordean el canal, lo hace visible en un radio de cien millas y atrae irresistiblemente la estupefacta mirada del viajero. [...] Charles Darwin lo llama “el más sublime espectáculo de Tierra del Fuego.”¹⁸

¹⁷ *I miei viaggi nella Terra del Fuoco*: 71. La traducción es mía.

¹⁸ *Treinta años en Tierra del Fuego*: 34-35.

Es preciso decir que a menudo el lenguaje figurado que el sacerdote adopta no surge precisamente de motivaciones literarias, sino de términos técnicos que pide prestados a la jerga que utilizan los alpinistas para describir las rocas de las montañas.¹⁹ Al mismo tiempo cabe subrayar que el uso de adjetivos y sustantivos es consecuente con una evaluación que nace de una visión que va desde el valle hacia la montaña, típico del lenguaje de los Alpes, que los habitantes del valle han considerado siempre como un escenario, un telón de fondo natural. Los adjetivos más usados para describir el Sarmiento son: *elevado*, trece veces; *gigantesco*: trece veces; *terrible*: seis veces; *bello*: cinco veces; *colosal*, *piramidal*, *imponente*: cuatro veces. Existen, por otra parte, adjetivos menos frecuentes, usados en dos o tres ocasiones, que destacan la espectacularidad del paisaje: *soberbio*, *mágico*, *espectacular*, *severo*.

Al editarse *I miei viaggi nella Terra del Fuoco* 1923 en Turín, el público italiano aprendió la existencia del monte Sarmiento, (y vio después sus legendarias rocas heladas en un documental hecho por el mismo De Agostini titulado *Tierra del Fuego* estrenado en el cine Chiarella de Turín en 1928) pero cuando años después vio la luz *Ande Patagoniche* en 1948, esta magna obra despertó el interés de los montañistas hacia el Paine, el Fitz Roy y sobre todo hacia el cerro Torre, que lleva el nombre de un sacerdote salesiano. *Ande Patagoniche* por primera vez reveló al mundo occidental los rincones más ocultos del planeta y el impacto fue tan fuerte que desde entonces la curiosidad y el afán exploratorio hacia estas montañas desconocidas determinaron la organización de grandes expediciones que escribieron páginas importantes de literatura sobre el montañismo andino y sus dramáticas aventuras, sobre todo las que se referían al Cerro Torre. Pero curiosamente, aunque el Padre De Agostini haya intentado escalar primero el Sarmiento y después el Fitz Roy, y al final de su vida participó también en la expedición del Paine, la única montaña importante que escaló hasta la cumbre fue el monte San Lorenzo de 3.100 metros de altura donde subió en el verano de 1943 a la edad de 60 años.

LA FLORESTA

El lema “floresta” indica siempre un lugar inhóspito. Como afirma Bodei:

¹⁹ *Pirámide*: el salesiano usa este sustantivo alrededor de veinte veces; *torre*: término con el cual se indica una cima solitaria, que recuerda la imagen de una torre artificial; también en este caso el sustantivo es utilizado unas veinte veces; *monolito*: picacho rocoso aislado y de dimensiones limitadas. Es utilizado dos veces; *anfiteatro*: cadena de valles con tendencias concéntricas, que coincide con la parte delantera de un antiguo glaciar. El autor lo usa unas siete veces; *contrafuerte*: arista con fuerte pendiente que se separa de un macizo montañoso; picacho: cima rocosa solitaria y terminada en punta; *pináculo*: cumbre con paredes empinadas y lisas. Los últimos tres sustantivos se utilizan una decena de veces.

Su significado parece indicar “mantener fuera”, excluir a quien no poseía derechos a la explotación de sus recursos.²⁰

Por otra parte, aun sabiendo que la floresta representaba el hogar de ninfas, faunos, silenos y refugio para las deidades paganas, no había interés en penetrarla.

[...] en la antigüedad no existe ningún interés especial de penetrar en la floresta para vivir la intensa emoción estética de lo sublime. Se conforman solo con experimentar la sensación de un estremecimiento sagrado.²¹

En *Mis viajes a la Tierra del Fuego*, encontramos nuevamente la actitud bivalente hacia la floresta que siempre ha acompañado la cultura occidental: miedo y terror que se funden con maravilla y asombro. Sensaciones que el padre nunca experimentó en Italia, porque en la región Piamonte se pueden encontrar bosques y no florestas:

La floresta que atravesamos era una de las más enmarañadas y sombrías que yo había visto hasta entonces y, en verdad, causaba en el alma un indefinido sentimiento de temor. [...] Salimos por fin de la floresta y nos encontramos en vastas praderas desde las que pudimos contemplar con alegría un pedazo de cielo. [...] En la bóveda azul del firmamento, ya despojado de los tenues celajes que lo velaban, miles de estrellas, entre las que resaltaba la Cruz del Sur, parpadeaban a través de una cristalina atmósfera, como si tuvieran latidos de vida.²²

Precisamente esta penetración en el corazón del mar de árboles es la que impulsa a Padre de Agostini y a sus compañeros de viaje a reflexionar sobre aquellos lugares, con su oscuridad y densidad asfixiantes, que provocan una sensación de inquietud, de vago olor a muerte. Solo en pocas ocasiones la floresta deja filtrar, a través de sus ocasionales destellos de luz, una visión del camino que permite a los exploradores regresar al campamento:

Volvieron al anochecer fuertemente impresionados por las dificultades que encontraron en el camino a través de la floresta, causadas más por lo monos que por los seres humanos, como ellos decían. Internados en lo más espeso de la selva, después de haberse librado de peligrosos lodazales, dentro de los cuales habían caído, tuvieron que franquear una serie de espesas barricadas de troncos putrefactos cubiertos de pegajosos musgos. Prosiguiendo a través de oscuros fosos y escarpados canalones que descendían de lo alto, arrastrándose

²⁰ Bodei, op.cit.: 103.

²¹ Idem: 103-104.

²² *Treinta años en Tierra del Fuego*: 135-136.

por el suelo húmedo y resbaladizo habían logrado al fin ganar la parte desnuda de la montaña, desde donde podían disfrutar de una extensa vista del bosque recorrido y del canal.²³

Dos son los temas que emergen de forma notable en la floresta, otorgando a aquel paisaje un aspecto infernal: la lucha y la muerte. La lucha del hombre contra la naturaleza impenetrable, pero sobre todo la lucha de la naturaleza contra sí misma:

Las extrañas deformaciones de las ramas retorcidas a veces en monstruosas espirales y espasmódicas contorsiones, muestran claramente la continua y dolorosa lucha que deben sostener aquellas robustas hayas para alimentarse y crecer bajo los azotes constantes e impetuosos del viento huracanado.²⁴

En el capítulo IV de *Treinta años en Tierra del Fuego*, en el cual se cuenta la segunda expedición al monte Sarmiento, el día 4 de enero de 1914 los montañistas tienen que cruzar una floresta virgen antes de poner los pies sobre las rocas heladas del monte. La descripción del impacto con esta naturaleza agobiante es digna de las mejores páginas escritas por el cubano Alejo Carpentier en su novela sobre la selva tropical *Pasos perdidos*. Este mundo verde parece un campo de batalla, donde los grandes guerreros de madera luchan para lograr la victoria de la luz. Por eso el salesiano expresa su estado de ánimo lleno de estupefacta angustia al ver tantas ruinas y destrucciones naturales y compadece esta vida vegetal que mata a sí misma en un abrazo entre árboles vivos y árboles muertos. A diferencia de las montañas, los bosques son lugares inhóspitos, llenos de vidas sigilosas, que de repente manifiestan sentimientos humanos y los árboles criaturas con las cuales se puede hablar:

Entre nosotros y la selva se traban extraños y silenciosos diálogos, como si tratásemos con seres vivientes, como si reconociéramos en aquellos árboles una personalidad, un estado de ánimo, un aspecto de la vida humana. Es un lenguaje nuevo que nace de manera espontánea en nosotros al entrar en aquel mundo vegetal. Se levantan por doquiera enormes barricadas de troncos caídos allá, como si hubieran sido derribados en la furia de una antigua y gigantesca batalla, de la que todavía quedan estos vestigios para perpetuar su memoria. Los musgos, los líquenes y las criptógamas crecen vigorosos sobre aquellos derrocados y soberbios señores de la floresta, como sobre las ruinas de un castillo derrumbado. En otros parajes los troncos abatidos son monstruosas serpientes, que se arrastran insidiosamente por el suelo, envolviendo a veces

²³ *Treinta años*, op.cit.: 65-66.

²⁴ *Idem*: 132.

entre sus roscas las tiernas plantitas que, heridas en su crecimiento por la caída repentina de aquellos enormes saurios, se retuercen ahora con esfuerzos espasmódicos, se agitan entre penosas contorsiones bajo aquellos mortales abrazos que las oprimen, las sofocan, y buscan en lo alto la luz y la vida. [...] Después de varias horas dando vueltas por aquellos oscuros y tenebrosos antros de la floresta, de reflejos siniestramente pálidos, comienza a hacerse sentir también en nosotros el imperioso deseo de luz que justo en ese momento llega vivísima hasta nosotros, apenas salimos de la selva, con el cándido resplandor del helero Schiapparelli, que se abrasa bajo los purísimos rayos del sol. ¡Qué hermoso contraste! ¡Qué estupenda maravilla!²⁵

El año anterior, exactamente el 19 de febrero de 1913, después del (primer) fallido intento de escalar el Sarmiento, De Agostini había cruzado la Sierra Valdivieso y al entrar en una floresta se había dado cuenta que iba a conocer un lugar fuera del mundo. Si las montañas se comparaban con dóciles vírgenes habitantes del fin del mundo o con emperadores en exilio, la floresta, como evidentemente lo fue para la cultura centroeuropea, representaba el hogar en donde podrían vivir las brujas y los duendes:

La floresta que atravesamos era una de las más enmarañadas y sombrías que yo había visto hasta entonces y, en verdad, causaba en el alma un indefinido sentimiento de temor. Seguimos adelante venciendo las enormes dificultades que continuamente hallábamos a nuestro paso; montes de árboles medio podridos, derribados por los aludes, cubiertos de viscosos musgos, sobre los que el pie resbalaba y con dificultad se mantenía en equilibrio, agobiados como estábamos por el peso de nuestros morrales [...] La escasa luz que penetraba en aquellos solitarios lugares de aspecto tan lúgubre y siniestro, nos dio la impresión que habíamos penetrado en las misteriosas florestas de la leyenda, pobladas por duendes y brujas. Y con el extraño traje de viaje que nos cubría, y la prisa que nos dábamos para salir cuanto antes de aquellas lobregueces, nos habrían podido tomar por ánimas errantes en un reino de ultratumba. Sentimos la necesidad de salir cuanto antes de aquellas opresoras tinieblas, en vano buscamos en los claros un poco de luz, un pedazo de cielo que nos consolara y nos reanimara.²⁶

La floresta, por ende, se presenta como el lugar más enigmático de Tierra del Fuego porque, a pesar de estar llena de vida, dentro de su severa e intrincada belleza se excluye toda posibilidad de convivencia humana. Tampoco es concebible que se pueda explotar en actividades laborales, debido a su inmensa extensión y a la escasez

²⁵ *Treinta años: 79-80.*

²⁶ *Idem: 135.*

de población. Pasarán muchas décadas antes de que el bosque de *locus horridus* llegue a considerarse un *locus amoenus*, pulmón de la tierra, paraíso perdido, depósito secreto de conocimientos útiles para el hombre moderno.

Recordemos, además, lo mucho que estos misteriosos y dilatados bosques han sido fuente de inspiración para las innumerables novelas de aventuras donde las florestas de la Patagonia meridional se perciben como inmensos depósitos del tiempo geológico, que tienen la capacidad de frenar la evolución natural. Es el caso de la famosa Cueva del Milodón, al norte de Puerto Natales, escondida en un bosque y descubierta por el inglés Eberhard en 1895. Su descubrimiento dio paso a numerosas fantasías literarias; se llegó incluso a imaginar que el animal prehistórico, el milodón, del cual se había encontrado la piel, siguiera con vida y deambulara por los parajes. Quizá Conan Doyle se inspiró en este episodio para su novela *El mundo perdido* (1912) donde imagina que en la floresta amazónica una expedición científica encuentra unos dinosaurios que habían logrado sobrevivir a lo largo del tiempo gracias a la vegetación impenetrable.²⁷

LA MALIGNA BELLEZA DEL CABO DE HORNOS

En la geografía de Tierra del Fuego el agua domina el paisaje, así pues en los escritos del padre se manifieste como el elemento indomable y peligroso por excelencia. Los lagos, los canales, pero sobre todo los océanos representan una fuerza oculta, tranquila y caprichosa al mismo tiempo, capaz de transformarse de repente en fuerza salvaje. Mientras la montaña es verticalidad transparente, inmovilidad absoluta, variedad de colores que dependen de la estación del año, la floresta aparece como un lugar misterioso, en donde la vida se traga a sí misma continuamente, y por eso puede ser trampa imprevisible para el hombre; el océano, en cambio, es el espacio infinito dotado de dinamismo monstruoso, siempre inestable y aterrador con sus olas gigantescas.

El carácter “bello y hórrido” del océano se debe a las violentas acrobacias de las olas que, al igual que monstruosas criaturas infernales, azotan los barcos. Y, como sabemos, ellas manifiestan toda su violencia cerca del Cabo de Hornos, donde el cura salesiano hizo dos viajes, el primero en febrero de 1912 y el segundo a finales de abril de 1915. Cabe decir que la prosa del capítulo X de su *Treinta años en Tierra del Fuego*, titulado “Al Cabo de Hornos”, donde describe sus dos viajes al famoso promontorio ícono de las aventuras marinas, puede ser incluido en una antología de literatura de aventuras y arriesgada navegación al fin del mundo. Este capítulo no estaría mal junto con Jack London, Herman Melville, Francisco Coloane y otros. En su

²⁷ Cómo fue descubierta la Cueva, se puede leer en el reportaje narrativo del afamado viajero inglés Bruce Chatwin, *In Patagonia*, Milano 1982, 243-250.

segundo viaje así describe lo imprevisible que es el océano y la rápida transformación del tamaño de las olas:

Las aguas del mar de plácidas y tranquilas se volvieron encrespadas y revueltas, transformándose poco a poco en olas enormes, que desde la ensenada en que nos encontrábamos, parecían horribles monstruos que se perseguían en desenfadada carrera. Todo el esplendor radioso del cielo de la noche anterior se había velado con grandes masas negruzcas de vapores, las cuales descargaban una furibunda granizada que ocultaba completamente el horizonte a nuestra vista. [...] El momento más impresionante era cuando esos monstruos llegaban junto a la nave: en un abrir y cerrar de ojos, una pared vertical de agua de nueve a diez metros de altura se erguía ante nosotros terrible, amenazadora, como si quisiera tragarnos. [...] Desde mi observatorio veía su quilla descubrirse y precipitarse pronto entre espantosas vorágines, que repentinamente se abrían, y se tornaban cada vez más grandes y profundas. No habíamos salido aún de estos horrendos abismos, y ya las olas nos asaltaban encarnizadamente por todas partes.²⁸

Las olas gigantes aparecen muchas veces en estas páginas porque los monstruos de agua amenazan continuamente con hundir el barco. El cura se sorprende todavía de la valentía con la cual los “lobos de mar” es decir los marinos chilenos (junto con los indígenas yaganes), se enfrentan al océano, que con sus horribles paisajes, rocas agudas, vientos huracanados, lluvia y frío incesante, parece abrir la puerta húmeda del infierno. Lobos de mar que con su “tenacidad y sangre fría” el cura considera de la misma talla de los guías alpinos:

Sólo quien conoce la violencia de las tempestades que incesantemente azotan las costas del archipiélago fueguino, y las insidias que se ocultan en aquellos mares, ora envueltos en espesa niebla, ora merced de vientos ciclónicos, puede apreciar en su justo valor la tenacidad y los bríos con que estos lobos de mar saben luchar días y noches enteras, sin tregua, con ardor incansable, contra las más desafortunadas tormentas para salvar su embarcación y la vida de los pasajeros. He tenido el gusto de conocer a varios de estos expertos capitanes de tez bronceada, de mirada escudriñadora y bondadosa, cuyos nombres se han hecho célebres en aquellas regiones por su pericia y audacia; y en el frecuente y familiar contacto con ellos, más de una vez me ha parecido vislumbrar en esos hombres otra raza igualmente fuerte y batalladora, con la cual tienen en común la tenacidad y sangre fría en los peligros: los guías alpinos.²⁹

²⁸ *Treinta años*: 209-210.

²⁹ *Idem*: 195.

Algunas páginas del capítulo IX de *Treinta años en Tierra del Fuego* se pueden considerar como el punto más alto de la descripción del “hórrido sublime” como lo entendían los escritores románticos europeos y las imágenes que nos proporciona el padre son más impactantes hasta de la afamada pintura del alemán Caspar David Friederich *Wanderer above the sea of fog* de 1818, que representa un joven caminante de espaldas mirando al abismo lleno de neblina apoyado en su bastón. De Agostini cuenta que llegó en febrero de 1912 a bordo del cutter “Garibaldi” al Falso Cabo de Hornos, denominado de esta manera por su ubicación muy cercana al verdadero Cabo, donde tuvo la oportunidad de desembarcar. El lugar resultó ser más desconcertante de lo que creía, tanto que el padre llegó a percibir las dimensiones de lo “bello-hórrido” en toda su maligna y estremecedora belleza. El escenario natural que se manifestó ante sus ojos reveló una naturaleza aterradora y una larga historia de naufragios anónimos y olvidados. Haciendo una comparación con la pintura de Caspar David Friederich podemos decir que en este caso el joven caminante no mira al abismo desde arriba, de espaldas, apoyado en un bastón, sino que el cura baja a las oscuras entrañas de la tierra, escucha sus bramidos, queda alucinado por el viento de la historia que sopla en aquel rincón del fin del mundo y se estremece de miedo y maravilla por haber encontrado un lugar donde el pasado y el presente coinciden, donde la belleza y lo feo se mezclan de manera inextricable, donde se puede ver aquella *belleza sublime* que los románticos europeos habían teorizado:

Al acercarnos a la costa, empezamos a percibir un ruido sordo y misterioso, que parecía salir de las entrañas de la tierra, como si fuera el rugido de un monstruo, que ahí abajo se revolvía enfurecido. Cuando llegamos al límite de la costa, vimos abrirse bajo nuestros pies impresionantes acantilados, antros oscuros sembrados de rocas negruzcas, contra las que se estrellaban las olas deshaciéndose en blanca espuma, produciendo ensordecedor estruendo.[...] Toda la costa presentaba este mismo aspecto abrupto y sombrío, corroída doquiera por la violencia de las olas demoledoras, a las que únicamente habían podido resistir las escuetas paredes de roca viva que en forma de obeliscos y de torres sobresalían oscuras y amenazadoras en las turbulentas aguas, como espectros de muerte. No pude darme cuenta de aquel espectáculo de hórrida belleza hasta que bajé a uno de aquellos bártros oscuros. Ahí abajo, rodeado de enormes peñascos y profundas cavernas, mientras mugían a poca distancia las agitadas olas en una danza infernal, cuyos ecos repercutían siniestramente por los misteriosos antros, me sentí de pronto invadido por un sentimiento de recelo y de miedo, que a duras penas podía reprimir. Una infinidad de recuerdos tristes se agolpaban en mi mente mientras daba vueltas por aquellos despeñaderos, en los que a cada paso descubría restos de naufragios. Eran montones de mástiles hechos añicos, de escotillas corroídas, de escobenes rotos, cuyas estructuras

me traían a la memoria las primeras carabelas que siglos atrás habían surcadoos aquellos mares borrascosos. Permanecían ahí aún insepultos, acariciados por las olas como ruinas y cadáveres de un inmenso campo de batalla, desconocido para el mundo, pero todavía elocuente testimonio de luchas angustiosas, de inenarrables sufrimientos, y también de heroísmos que han quedado para siempre sepultados en la sima del olvido.³⁰

En este viaje, De Agostini ha alcanzado el límite de la dimensión espacio/temporal que se da a conocer solo en este lugar remoto del planeta donde una geografía desconocida se funde con historias olvidadas en los archivos del tiempo. Lejanía del espacio, lejanía del tiempo, esto es el marco en el cual aparece la pintura del lugar más hermoso y horrible de la tierra. Donde el sublime americano se ofrece en toda su maligna y sublime belleza.

LA FOTO EN BLANCO Y NEGRO Y LOS COLORES DE LAS PALABRAS

Como hemos dicho, en De Agostini, más allá de un hibridismo feliz entre ciencia y literatura, aparece evidente el cruce entre palabra e imagen, evidenciado por las muchísimas fotos y mapas que acompañan sus libros. El ojo fotográfico nunca deja de estar presente en sus páginas cuando describe el paisaje patagónico, donde los contrastes de colores son muy fuertes, como es el caso de los colores blanco y verde, porque a menudo al telón de fondo deslumbrante de los glaciares se opone el primer plano de la llanura verde tapizada por hierba y flores. Cuando al padre le faltan las palabras para describir la viveza de esta misteriosa naturaleza, pide ayuda a la fotografía y los dos lenguajes cumplen a veces maravillosamente con transmitir una idea de un mundo que nunca se había visto no solo en Europa, sino también en Argentina y Chile. Fotografiar la naturaleza significa seguir las reglas de la pintura de paisaje, en la que el color es parte integrante del cuadro, elemento que une la naturaleza virgen y salvaje con el arte mismo. Pero los paisajes patagónicos están tan impregnados de silencio y de misterio que los mismos colores iluminados por el sol adquieren matices insospechables con “tonalidades y colores tan vivos y graciosos, que ningún pincel humano podrá jamás reproducir”.³¹

Otras veces los contrastes de colores son tan variados y delicados que el mismo fotógrafo queda extasiado. Como sucede con el Balmaceda al final de la navegación de enero de 1929.

³⁰ *Treinta años: 200-201.*

³¹ *Idem: 78.*

Y estamos aquí en una amplia caleta frente al Balmaceda, que, libre de nubes, ostenta su altísima mole a los primeros rayos del sol sobre el pedestal cristalino de las aguas. Sublime espectáculo que subyuga y conmueve todas las potencias del espíritu con la gigantesca forma de las líneas, con todo el conjunto de picos, crestas, peñas, precipicios y barrancos; con la majestad de los glaciares suspendidos sobre el abismo, entre el verde marco de la exuberante floresta virgen, con la variedad infinita de colores de tonos tan luminosos y delicados que la vista permanece extasiada y el ánimo impregnado de profunda dulzura.³²

Pero ¿cómo se podrán devolver al lector los colores naturales si las fotografías todavía son en blanco y negro? En este caso el escritor ayuda al fotógrafo, la tinta da fuerza a la luz, la escritura minuciosa llena de colores las fotografías. Los adjetivos, por lo tanto, proporcionan vida y transforman las páginas del libro en una verdadera pintura de paisaje.

En los dos libros que estamos leyendo aparecen siete crepúsculos, así como hemos contado 25 colores distintos que enriquecen estos cuadros naturales, en los cuales predomina el oro, el rojo púrpura, el verde flameante, el zafiro, el violeta, el celeste, el azul, etc. Hay que acudir a todos los *topoi* de la literatura relacionados con la puesta del sol y a todos los colores de la paleta para describir el ocaso que tiene lugar el 18 de diciembre de 1914 donde los colores se caracterizan por fantasía, intensidad y luminosidad:

A medida que avanza la noche, cesan las brisas, y toda la naturaleza queda en profundo silencio. Las aguas del canal reflejan con la nitidez de un espejo, las vagas formas de la floresta y las empinadas laderas de los montes; no se oye ni el murmullo de las hojas, ni el zumbido de los insectos, ni el canto de las aves; todo está en silencio en aquella misteriosa soledad; tan sólo de vez en cuando llega hasta nosotros, como un eco, el leve ruido de alguna cascada lejana, que resuena en nuestros oídos como el recuerdo de una dulce y nostálgica melodía.

Se oculta el sol. Alrededor de su disco que parece posarse sobre las gélidas crestas de los montes, se amontonan densas capas de nubes resplandecientes como oro, de las cuales desciende una lluvia de luz vivísima sobre las aguas del canal. A medida que se va poniendo el sol detrás de las montañas, acentúa con sus tintas el cielo, pasando por una indefinida gradación de tonos, del oro al rojo púrpura, del bermejo al azul celeste; y un mar de graciosos cirros que aparecen de improviso, se doran en los bordes y se inflaman con los repentinos relampagueos desprendidos de aquel incendio, que debajo de ellos arde y flamea.

³² *Andes patagónicos*: 108-109.

Es una paleta deslumbrante de colores que cambian y se suceden con una rapidez fulmínea; aquí se apagan, allá cobran mayor fuerza y resplandor o cambian diametralmente de tono, tanto que un pintor, en pocos instantes, ve desaparecer de improviso los tintes fijados pocos momentos antes, mientras otros nuevos, hermosísimos, se le aparecen con prodigiosa fecundidad.

Ya se han apagado los últimos rayos del sol, todo aliento de vida ha cesado; las aguas y las montañas se ocultan en la penumbra de la noche, que avanza lentamente y adormece entre sus sepulcrales brazos toda la naturaleza. Nunca como en aquellas horas de contemplación sublime, lejos de todo ser humano, en las misteriosas soledades de la selva y los montes, ante aquellos soberbios espectáculos de la creación, había sentido el lenguaje de la naturaleza que con su delicado acento me hablaba, produciendo en mí emociones tan vivas y profundas.³³

El lector, aunque no vea los colores de los paisajes ni “escuche” el silencio que domina, consigue imaginarlos (mejor que una foto acertada) gracias a la cuidadosa descripción del autor. Todos los colores son vivos, cálidos, vivaces y quien se encuentre sumergido en esta naturaleza de tonalidades tan abigarradas no puede más que sentir estallar a su alrededor y dentro de sí mismo el sentimiento del sublime que a esta altura podemos definir no tanto como categoría estética sino como un nivel de la contemplación estática.

Merece la pena subrayar los adjetivos y los sustantivos, además de sus combinaciones, más empleados para describir el paisaje hórrido y sublime de Tierra del Fuego.

Para describir la montaña encontramos: *espectacular y aterrador, majestuosidad e intrepidez, grandioso y terrible, bello y orgulloso, terrible y espectacular, severo y oscuro, pálida y siniestra, severa y pintoresca, maravilloso/a, imponente, soberbio/a, colosal, misterioso/a, mágica, majestuoso/a, gigantesco/a, ciclópica.*

Para describir el agua: *largos y estrechos brazos de mar, anfractuosos y estrechos canales, grandiosos y pintorescos fiordos, aguas profundas e impetuosas, aguas tersas y plácidas, maravilloso canal, hórridos precipicios, impetuosísimos torrentes, aguas oscuras y profundas, aridez y desolación, triste y desolado.*

Para describir la floresta: *virgen, salvaje, impenetrable, espesa y oscura, verdeante, tiniebla agobiante, florestas exuberantísimas, desapacible floresta.*

³³ Treinta años: 70-71.

UNA NUEVA MANERA DE FOTOGRAFIAR LAS MONTAÑAS

Y, sin embargo, esta reflexión sobre el lenguaje del lugar remoto no sería completa si no se hiciera referencia a una experiencia que sintetiza de manera evidente la combinación entre tecnología, velocidad, naturaleza americana, fotos de montañas que alimentan el punto de vista narrativo del relato. Me refiero al capítulo “En vuelo sobre Balmaceda y el Paine” del libro *Andes patagónicos*, donde se cuenta de un vuelo en el avión *Saturno* y de las fotografías aéreas sacadas en esta ocasión, el 13 de abril de 1937.

El sacerdote alpinista tiene como piloto a un hombre excepcional, Franco Bianco, que desde el 7 de junio de 1936 hasta el 8 de julio de ese año, con el mismo avión, dio la vuelta a la Patagonia solo. Pero, aún más excepcional que el piloto, es el punto de vista desde el que se puede observar y fotografiar las montañas. Como el automóvil permite ampliar el horizonte geográfico, ahora el avión, que vuela a 3.200 metros de altitud, permite “escalar el cielo”, es decir subir más arriba de la cumbre de las montañas, regalando un punto de vista para la cámara fotográfica que ninguna ascensión hecha a pie hubiera permitido.

Es la primera vez que sobrevuelo las cumbres de la inmensa Cordillera Patagónica, meta predilecta desde hace tantos años de mis estudios e investigaciones. En pocos minutos toma altura el vehículo. Las costas del fiordo y las montañas que lo flanquean se hunden rápidamente y en forma plástica muestran todas las sinuosidades y repliegues de los valles, surcados por las venas plateadas de los torrentes y salpicadas de innumerables laguitos.³⁴

Aquella geografía que en el pasado él había explorado fatigosamente durante muchos meses, ahora puede abarcarse con un solo golpe de vista, como si el mundo se hubiera encogido de repente. Pero si la altitud le permite un punto de vista más amplio de lo que hubiera podido imaginar como alpinista, la velocidad del avión le ofrece una nueva manera de evaluar el tiempo, tanto de observación como personal. Subiendo al avión, el padre gana de manera sorprendente espacio y tiempo. Este nuevo punto de vista no se le da sin nada, ya que el vuelo se presenta peligroso y los Andes están llenos de insidias, golpes de viento, tormentas que ponen a prueba la estructura del avión y la habilidad del piloto. Pero el nuevo y arriesgado punto de vista le permite descubrir lugares americanos desconocidos, *sublimes* porque caóticos, maravillosos no solo a primera vista, esta nueva perspectiva se puede comparar a la que tiene el ojo de Dios.

³⁴ *Andes patagónicos*: 151-152.

Por todas partes hielo y nieve eterna y cadenas de montes, cuya existencia no aparece representada en los mapas, dejando solamente un espacio en blanco con la consabida inscripción “Inexplorado”.³⁵

Esta experiencia a bordo del avión, de alguna manera, se relaciona con la experiencia que tuvieron los primeros descubridores de las Indias, cuando a la mirada europea se le ofreció una naturaleza inédita y sorprendente. Teniendo en cuenta las diferencias, podemos afirmar que, si las carabelas le permitieron a Colón ver el Nuevo Mundo, el avión le permite a De Agostini ver los últimos lugares inexplorados de la Patagonia. Aparece ahora una nueva geografía hija de la velocidad, del cine, de la fotografía y de los mapas, una geografía donde el espacio reduce su importancia y domina el tiempo, que camina con el ritmo de las hélices del avión. Cabe señalar, en todo caso, que la naturaleza más olvidada, la más lejana de la “civilización” ahora está descubierta, fotografiada a través de los instrumentos más modernos de aquellos tiempos. El anacronismo que resulta (naturaleza salvaje y primitiva versus tecnología modernísima) es impactante, igual a una máquina del tiempo que retrocede al pasado.

Con un despegue a toda velocidad, Franco eleva el aparato a 3.200 metros. El horizonte se amplía de una manera tan grandiosa que sobrepasa toda imaginación. Al occidente aparece un inmenso caos de montañas centelleantes de nieve, de picos gigantes y torvos, de hórridos amontonamientos de seracs que se asoman a los abismos, de crestas afiladas, fantásticamente decoradas de hielo, de suaves alburas de nieve engarzadas en bastiones rocosos, que se dilatan y se pierden en misteriosas lejanías.³⁶

La experiencia se revela más rica de lo que pensaba. Además de la posibilidad de fotografiar desde lo alto la cumbre de las montañas, de ver con un solo golpe de vista lugares a los que había llegado fatigosamente, después de muchos meses de exploración, el avión le permite ver rápidamente, como si fueran fotogramas de un amplio documental, la naturaleza debajo de él, más allá del horizonte visible. Es obvio que el Padre no está en una sala cinematográfica, pero la técnica narrativa que utiliza es precisamente la de la cámara que hace una panorámica a partir de un punto de vista muy alto, con rápidos *flash back* en su propio pasado. Hace, por lo tanto, un recorrido veloz de la geografía e historia, del espacio y tiempo personal. Sobrevolando el lago argentino escribe:

³⁵ *Andes patagónicos*: 155.

³⁶ *Idem*: 154.

Aquí reina una calma perfecta. La cadena, completamente descubierta, muestra a los rayos del sol, próximo al ocaso, sus innumerables picos, entre los cuales reconozco algunos que hemos explorado hace pocos años. He aquí el puntiagudo obelisco del monte Mayo que se yergue al sur del canal Avellaneda, escalado ya por nosotros en 1932 con los guías Croux y Bron; y más allá del cerro Peineta, los montes Spegazzini y Onelli; con sus imponentes glaciares también explorados, que descienden en albas cascadas de hielo, sobre los fiordos del mismo nombre. [...] Hemos entrado en el reino misterioso de las blancas soledades de hielo, donde el viento y los huracanes reinan soberanos y donde hoy dominan la luz y el silencio profundo, interrumpido únicamente por el ronroneo del motor. Quedo absorto ante el fascinante espectáculo y saboreo la alegría de descubrir los últimos secretos de esos hielos eternos.³⁷

Esta nueva manera de mirar el mundo, desde lo alto, de manera veloz, que le permite ver y recordar al mismo tiempo, como dijimos tiene mucho que ver con el lenguaje del cine y precisamente como el cine se está impregnando de cultura industrial. Pero esta mirada nueva es posible sólo gracias al avión que dilata la experiencia de lo sublime y, al mismo tiempo, ofrece una nueva dimensión del lugar remoto que nace de la percepción de geografías ulteriores. Ahora, desde lo alto, de veras se pueden descubrir los últimos secretos de esos hielos eternos.

BIBLIOGRAFÍA

- Bodei, Remo. *Paesaggi sublimi. Gli uomini davanti alla natura selvaggia*. Milano: Bompiani, 2008.
- Bottiglieri, Nicola. “Don Patagonia: Padre Alberto Maria De Agostini”, en *Il ricordo e l’immagine*. Iaria Magnani (coord.). Caserta: Edizioni Spartaco, 2007: 123-136.
- . “Frammenti di un discorso missionario” en *Scritture salesiane. Forme Contenuti Testi Terre Australi*. Nicola Bottiglieri (coord.). Cassino: Edizioni Università di Cassino, 2013: 9-34.
- . “Topòi narrativi nelle lettere di mons. Giuseppe Fagnano”, en *El Capitán Bueno. Il Prefetto Apostolico delle terre magellániche mons. Giuseppe Fagnano*. Francesco Motto (coord.). Roma: Istituto Storico Salesiano, 2017: 140-160.
- Bove, Giacomo. *Patagonia – Terra del Fuoco, mari australi. Rapporto ... al Comitato centrale per le esplorazioni antartiche*. Torino: Tip. del R. Istituto de’ Sordo-Muti, 1883.
- Brevini, Franco. *L’invenzione della natura selvaggia*. Torino: Bollati Boringhieri, 2013.

³⁷ *Andes patagónicos*: 156.

- Bridges, Lucas. *Uttermost Part of the Earth*. Trad. María Magdalena Briano. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2000.
- Castronovo, Valerio. *Storia d'Italia: dall'Unità ad oggi. Il Piemonte*. Torino: Einaudi, 1977.
- Celesia, Stefania. *Récits d'ascension*. Aosta: Le Chateau Edizioni, 2007.
- Chatwin, Bruce. *In Patagonia*. 1977. Trad. Marisa Marchesi. Milano: Adelphi, 1982.
- Darwin, Charles. *The Voyage of the Beagle*. Trad. Mario Magistretti. Firenze: Giunti 2002.
- De Agostini, Alberto. *Andes patagónicos*. Punta Arenas: Editorial Don Bosco, 2010.
- . *Esfinges de hielo*. Torino: ILTE, 1957.
- . *Treinta años en Tierra del Fuego*. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 2005.
- De Amicis, Edmondo. *Cuore*. Milano: Garzanti, 1962.
- . *Nel regno del Cervino. Gli scritti del Giomein*. Torino: Vivalda, 1998.
- Engel, Eliane. *Storia dell'alpinismo*. Torino: Einaudi, 1965.
- Macchia, Giovanni. *Elogio della luce*. Torino: Bompiani, 1990.
- Poe, Edgar Allan. *The narrative of Arthur Gordon Pym of Nantucket*. 1838. Trad. Elio Vittorini. Milano: Mondadori, Collana Oscar, 2017.
- Romero, Cesare. *I sogni di Don Bosco*. Torino: Elle di Ci Editrice, 1978.
- Rey, Guido. *Il Monte Cervino*. Milano: Hoepli, 1904.
- Verne, Julius. *La sfinge dei ghiacci*. Viterbo: Editori Fermi, 1977.